

los relatos de calibre   38



# **LAS CURVAS SON PELIGROSAS**

© Pablo Hernández Pérez

Estaba en mi despacho, dándole a la botella mientras repasaba mi lista de famosas con las que me gustaría acostarme, cuando de repente la puerta se abrió y entró una morena atractiva vestida a la moda del Vaticano, con una falda marrón, larga hasta los tobillos, y una blusa que, aunque también larga, no lograba disimular la existencia de dos tetas muy juntas y voluminosas. Su única concesión consciente a la coquetería consistía en una delgada línea de pintalabios de color rosa, que acentuaba su boca pequeña de labios finos.

—Buenos días —saludó seriamente—. ¿Es usted el señor Vicente Folgado?

—Desde el bautizo —repuse, indicando la silla.

—Entonces es el hombre que busco.

Tomó asiento con gran precaución después de recomponerse falda. Era indudable que pertenecía a alguna congregación religiosa. Pulseras de oro y cadenas con motivos religiosos adornaban su cuerpo, entre ellos un Cristo con aspecto de necesitar urgentemente unas vacaciones y, colgando del cuello, un crucifijo de plata de tamaño suficiente para matar a Drácula a leñazos.

—¿Quiere beber algo? —ofrecí.

—Lo siento, pero yo nunca bebo alcohol.

—No hay nada de malo en ser abstemio siempre que sea con moderación — señalé alegremente, sacando un Lucky y prendiéndolo con mi Flammarion de oro sólido—. ¿De qué quería hablarme?

—De acuerdo, mi nombre es Milagros Brozas y soy una humilde sierva de Dios en la Congregación Cristiana de Testigos de Jehová. Pero no es de mí de quien quiero hablarle, sino de mi marido Fermín.

La observé a través de las espirales de humo de mi cigarrillo. No sé por qué me vienen siempre a la cabeza cantidad de fantasías sexuales cuando tengo a una beata delante. Quizá sea porque sé que en el fondo de sí mismas albergan un gran potencial sexual reprimido esperando ser liberado.

—¿Le ha ocurrido algo a su marido? —inquirí.

—Anoche salió de casa a comprar cigarrillos y todavía no ha vuelto.

—¿Por qué? ¿Han discutido?

—Apenas tenemos motivos de discusión, salvo por su afición al juego. Fermín era asesor contable en una compañía que quebró hace tres meses, y desde entonces juega mucho al parchís y apuesta sumas importantes de dinero. Pero estoy segura de que no me abandonó por eso.

—¿Cuál cree usted que es la causa?

Sus ojos se tornaron vagos de repente, como si un recuerdo doloroso se repitiera una y otra vez en su cabeza como un ritual.

—No lo sé. Debí de ser por esa mujer.

—¿Qué mujer?

—Mi marido tiene una amante. Lo sospechaba desde hace semanas, y al final mis sospechas se han materializado.

—¿En qué basa sus sospechas?

—Un mujer sabe cuando su marido es infiel, solo hay que estar atenta a las señales.

Este punto era importante, pero no para la investigación, sino como información a tener en cuenta para la vida. Conociendo en qué se fijaban las mujeres, resultaba más sencillo engañarlas.

—Debo pedirle que sea más concreta, por favor. Quiero todos los detalles.

—De acuerdo, todo empezó con simples cambios en su rutina. Por ejemplo, hace tres semanas empezó a ducharse siempre al regresar de la calle, cuando lo normal era hacerlo por las mañanas...

—Quizá viniera de hacer ejercicio.

—Sí, esa es otra de las señales. De repente comenzó a preocuparse por su aspecto más de lo normal. Se apuntó a un gimnasio, se puso a dieta y empezó a comprarse ropa elegante y productos de belleza.

—Siguen siendo pruebas circunstanciales.

—Puede ser, pero a veces se escondía para hablar por teléfono y le llegaban mensajes al móvil que no leía en mi presencia.

—Vale, empieza a convencerme de que su marido la engañaba. ¿Nunca pensó en devolverle el trato? —pregunté con voz suave y seductora.

—Nunca, jamás —dijo tajante—. Si lo hiciera podría perder mi herencia en el Reino de Dios. Y por favor, deje de mirarme los pechos.

Me incliné hacia delante.

—Perdone, son como dos imanes para mis ojos. ¿Llegó a conocer a la amante de su marido?

—No, pero una amiga de confianza los vio juntos hace tres días a la salida de un restaurante. Según me dijo se trataba de una mujer morena, joven y de

rasgos exóticos.

—¿Tiene idea de quién podría ser esa mujer o dónde localizarla?

—Eso tampoco lo sé, pero ayer encontré esto en uno de los pantalones de Fermín.

Me entregó la tarjeta promocional de un sitio llamado «Les Palmeres». Parecía un bar común. En el reverso alguien había escrito «Paola».

—¿Ha probado a llamar al local?

—Sí, pero no he logrado comunicar con nadie. Seguramente es un número dado de baja.

—Es lo más seguro. ¿Qué más puede contarme?

—Junto con mi marido ha desaparecido también el dinero de nuestra libreta de ahorros.

—¿Mucho?

—Unos siete mil euros. Acabo de pasar por el banco y he descubierto que Fermín retiró ese dinero esta misma mañana. Estoy convencida de que el dinero debe estar ya en manos de esa furcia.

Aspiré el humo del cigarrillo, lo retuve unos segundos y luego lo expulsé.

—Imagino que habrá acudido a la Policía —dije por decir algo.

—No, ni siquiera han pasado veinticuatro horas desde su desaparición. Además, eso pondría en un grave aprieto a Fermín. Lo que quiero es que encuentre a mi marido y le convenza de que vuelva a casa conmigo, como Dios manda.

A continuación extrajo un sobre de su bolso y lo depositó sobre la mesa.

—Esto es para usted —dijo—. No es mucho, pero puedo reunir más si hiciera verdadera falta. El dinero pertenece a un fondo común de la Congregación

que solidariamente ha sido puesto a mi disposición.

Tomé el sobre y lo abrí. Dentro había un fajo de billetes. Los saqué y los extendí sobre la mesa como una mano de póker. Había un total de cuatrocientos cincuenta napos. Cuatrocientos cincuenta napos procedentes de un colectivo religioso que podía presumir de haber profetizado el fin del mundo 32 veces desde 1899, equivocándose en todas ellas, y aún así seguir gozando de la confianza de sus fieles.

—Me gustaría que valorara la procedencia de ese dinero —continuó—. Es el generoso esfuerzo de muchos siervos de Dios.

Sonreí por dentro mientras hundía el cigarrillo en el cenicero. Por mí como si era dinero robado a una ONG consagrada a salvar a la última pareja de osos panda del planeta. Llevaba sin un caso desde antes del Diluvio, así que si no aceptaba los pavos pronto no iba a poder ni mantener un cactus.

—Acepto el caso, muñeca. ¿Tiene una fotografía de Fermín?

—Sí, también he pensado en eso. Aquí la tiene.

Sacó del bolso la fotografía y me la alcanzó con cierta delicadeza. La tomé y la miré con atención. Tenía toda la pinta de haber sido uno de esos tipos de universidad que no sabían nada de la vida porque se la habían pasado resolviendo ecuaciones y raíces cuadradas mientras los demás íbamos por ahí llevándonos a la rubia de turno a la cama o pisando a fondo el coche de papá.

O mucho me equivocaba o ahora trataba de recuperar el tiempo perdido.

—Se parece a Oscar Wilde, pero más viejo —dije para que viera que tenía cultura.

—No creo que compararlo con un invertido sea lo más apropiado, señor Folgado. De todas formas confío en sus capacidades.

A continuación sacó una libretita del bolso y un bolígrafo, apoyó un brazo

sobre la mesa y comenzó a escribir sin soltar en ningún momento el crucifijo de plata. Es irónico, pero lo más probable es que aquella gran cruz representase para ella una especie de amuleto para protegerla de problemas como el que precisamente ahora le tocaba enfrentar.

—Mis señas son estas —me dijo—. Venga a verme en cualquier momento o llámeme por teléfono cuando lo considere oportuno. Y si realiza algún progreso, por favor, avíseme inmediatamente.

Mientras nos poníamos en pie le ordené telepáticamente que se abalanzase sobre mí y me morrease apasionadamente a modo de despedida, pero los poderes pasaron de mí.

Agarró más fuertemente su cruz, giró sobre sus zapatos, abrió la puerta y marchó por el pasillo arrastrando mi mirada.

«Les Palmeres» estaba ubicado en pleno Torrefiel, uno de esos barrios que la oficina de turismo nunca menciona. Entré y tomé asiento en la barra, donde una camarera rubia frotaba una bayeta por su superficie. Al verme sonrió, se echó la bayeta al hombro y apoyó los codos sobre la barra, permitiéndome ver todo lo que había debajo del escote, que era bastante.

—Tú dirás, querido...

Por sus ojos hubiera dicho que debía rondar los cincuenta, pero su mirada indicaba claramente que debía de tener muchos más. A pesar de eso su cuerpo seguía maravillosamente conservado: tetas grandes y venosas, cintura estrecha y caderas redondeadas.

—Un Doble V con hielo, guapa —ordené.

Eché un vistazo al resto del local, que estaba vacío, salvo por un hombre sentado en un extremo de la barra que, ocasionalmente, hablaba con el

televisor.

Cuando la camarera me trajo la copa, le dije:

—Si no recuerdo mal antes había una morena atractiva trabajando en este sitio.

—Supongo que se refiere usted a Paola —contestó con recelo—. Pero ya no trabaja aquí.

—Qué pena. ¿Cuándo se marchó?

—Poco después de Navidad, harás tres o cuatro semanas. ¿Es usted amigo suyo?

—Yo no diría tanto. ¿Por qué dejó el trabajo?

—No lo dejó. La despedí.

—¿Y eso?

—Paola es colombiana, ya sabe.

Sí, lo sabía. Todos los hombres lo sabíamos. Las colombianas son diosas en el arte de satisfacer los deseos sexuales masculinos, incluidos los de los casados como Fermín.

—Si no le gustan las colombianas, ¿por qué la contrató?

Me miró con disgusto.

—Me convenció para hacerlo Diego, mi marido. Pensaba que disponer de una camarera con el atractivo sexual de Paola atraería a más clientes.

—Creí que el gancho comercial en este negocio era usted —dije, y percibí cómo esbozaba una sonrisa maliciosa y depredadora.

—Gracias, es usted muy amable, pero solo soy una mujer corriente.

—Por supuesto, y el Guernica es solo un dibujo. ¿Atrajo Paola a más clientes?



—No lo voy a negar, Paola atrajo el interés de muchos hombres. Pero también el de mi marido. ¿Sabe lo que ocurrió cuando solo llevaba una semana trabajando aquí? —Negué con la cabeza—. Pues que esa fresca pidió dinero a Diego a cambio de favores sexuales. Al parecer le dijo que necesitaba ese dinero para volver a su país. Quería montar un negocio de estética o algo así. En cuanto me enteré la puse de patitas en la calle. ¡A los dos!

Agarré mi copa y sorbí el whisky. Con algunas personas no es necesario formular demasiadas preguntas. Solo las suficientes para que se lancen hablar. Muchas veces uno averigua más por este sistema.

—Hizo usted muy bien. ¿Cómo se enteró de la relación entre Paola y su marido?

—Un cliente de aquí los vio juntos a la salida de un cine. ¿Puede creerlo? ¡Después de treinta años de matrimonio!

—Hoy en día la fidelidad solo se ve en los equipos de sonido. ¿Cuánto dinero le pidió a su marido?

—Unos pocos miles, pero no llegó a dárselos. Por fortuna descubrí la jugada a tiempo.

—Fue una suerte. ¿Podría darme la dirección de Paola?

La camarera apoyó las manos sobre la barra y me miró con desconfianza.

—Oiga, ¿a qué viene tanto interés? ¿Es usted poli o algo de eso?

Le mostré la Tarjeta de Identificación Profesional. Muchas personas se molestan cuando descubren que, sin saberlo, han estado revelando información a un detective. Pero a ella no pareció importarle lo más mínimo. De hecho pareció entusiasmada con la situación.

—Solo soy un investigador privado —dije—. Estoy buscando a un hombre que lleva dos días desaparecido. Tengo sobradas sospechas de que Paola

podría haberle atrapado en su tela de araña. El pobre padece alzhéimer y la familia está muy preocupada.

A continuación extraje la fotografía de Fermín y la deslicé sobre la barra. La camarera entornó levemente los ojos mientras miraba la fotografía. Su odio hacia la colombiana se vio incrementado al mencionar lo de la enfermedad.

—Se parece mucho a un tipo que visitó a Paola un par de veces —señaló muy despacio—. Pero eso fue antes del incidente con mi marido. Oiga, ¿de verdad tiene alzhéimer?

—Por todo el cuerpo. ¿Habló alguna vez con él?

—No, se ocupaba siempre Paola.

—¿Le dio la impresión de que estuvieran liados?

—Desde luego él parecía bastante interesado en Paola. En cuanto a ella, no sabría decirle, era una golfa, como ya le he dicho, y supongo que su interés era estrictamente económico.

—Es lo más seguro —admití, recogiendo la fotografía y devolviéndola al bolsillo—. Por cierto, ¿qué hay de esa dirección?

Se apoderó de una libretita y un bolígrafo, escribió algo y luego arrancó la hoja y me la entregó.

—La calle Mondúver queda aquí al lado —dijo—. Tome la primera calle a la derecha, siga recto y gire a la derecha al llegar al Bingo Torrefiel. Aunque es posible que ya no viva ahí. Escuche, ¿por qué no la llama primero? Si me da un minuto puedo buscarle el teléfono. Creo que lo tengo anotado en alguna parte.

Le dije que no era necesario. El factor sorpresa siempre es importante. Prefería que abriese la puerta y observar su reacción cuando le preguntase por Fermín.

Cogí la hoja de papel con la dirección, la plegué y la guardé en el bolsillo junto a la fotografía de Fermín. Luego apuré el whisky, me puse en pie y arrojé unas monedas sobre la barra.

—Gracias, palomita. Me ha sido usted de mucha ayuda.

La camarera sonrió, empujando las monedas en mi dirección.

—Me sentiré pagada si encuentra usted a ese pobre tipo y lo aparta de esa víbora —dijo apoyando de nuevo sus codos sobre la barra y mostrándome por última vez sus dos tetas grandes y venosas.

—Es lo que voy a intentar hacer.

—Estoy segura de que lo conseguiré. Se nota que es usted un detective muy capaz.

—Siempre consigo lo que me propongo.

—No lo dudo. ¿Vendrá a verme otro día? Le invitaré a otra copa.

Lo dijo de un modo que parecía indicar que, a poco que lo sugiriese, me invitaría a algo más que whisky.

La dirección recién obtenida me condujo hasta un edificio viejo que reclamaba a gritos una mano de pintura, sin que al parecer los vecinos le hicieran mucho caso. Cuando me disponía a mirar el cuadro de timbres, un adolescente con un monopatín abrió la puerta para salir. Le saludé superficialmente, me deslicé dentro del edificio y tomé el ascensor.

Al pararme frente al apartamento de Paola apoyé el oído en la puerta, pero no percibí nada, salvo rap, cumbias, reguetón y otros ruidos de mal gusto procedentes de las viviendas colindantes. Después pulsé el zumbador y golpeé la chapa dos veces, como hacen los comerciales de las eléctricas, pero tampoco obtuve respuesta.

Saqué una tarjeta, me aseguré de que nadie me observaba y la deslicé entre el

pasador y el marco. La puerta se abrió con un chasquido. A continuación me escurrí hasta un saloncito de muebles muy modernos y simétricos que sin duda Paola, o quien fuera el propietario, había comprado copiando de alguna revista de interiorismo. Diseminados por el suelo yacían multitud de vasos y botellas vacías. Pensé que quizá se había celebrado una fiesta recientemente, aunque puede que solo fuera desorden. Sobre la mesa divisé una botella Gold Riband. Vertí dos dedos sobre un vaso vacío, olfateé el whisky y luego le arreé un trago, que estaba lo suficientemente fuerte como para sacar ampollas a un Miura.

Dejé el vaso sobre la mesa, hurgué un poco por el salón y luego hice lo propio con el resto del apartamento. Primero inspeccioné la cocina, que era una monada, con una nevera grande con cubitera automática y congelador aparte, aunque dentro la fruta empezaba a pasarse. Luego pasé al dormitorio principal y abrí el armario, donde encontré un visón azul plateado, vestidos color frambuesa enloquecida, pantalones de cuero negro, guantes de piel y varios pares de zapatos de tacón de aguja y puntera roja, todo muy a la moda de los clubes nocturnos. En los cajones encontré una gran variedad de herramientas sexuales: vibradores eléctricos, bolas chinas, lubricantes y cientos de condones, pero ninguna carta, ni agendas de teléfono o listas con nombres. Ni tan siquiera la típica caja de cerillas que proporciona valiosas pistas a los detectives de las películas. Al final lo único destacable que encontré fue una fotografía enmarcada en una pared del pasillo. Era de una morena de exóticos ojos verdes y figura escandalosamente exuberante. Por un momento me solidaricé con el marido de mi clienta. Solo un enajenado rechazaría a una hembra así por continuar con su mujer Testigo de Jehová.

Volví al salón, cogí el Gold Riband y volví a servirme un trago. Esta vez fueron tres dedos. Mientras sorbía el whisky recordé que no llevaba puestos mis guantes de goma, así que mis huellas habían quedado por toda la casa.

Pero no me importó porque no había encontrado nada de interés que meterme en el bolsillo. Todo cuanto quería era alguna pista sobre el paradero de la colombiana. Encontrar a Paola significaba encontrar a Fermín.

Apuré el vaso de un trago y aguardé a que saliera el aire. Justo cuando me disponía a eructar, alguien le pegó una patada a una de las botellas vacías.

Me volví rápidamente. Era un hombre de mediana edad, completamente corriente, salvo por la pistola semiautomática USP Compact 9mm, de cañón largo y niquelado, que empuñaba en mi dirección en aquél preciso momento.

—Quieto, capullo —me ordenó—. ¿Dónde coño está Paola?

No lo he dicho, pero la USP Compact es la pistola oficial de la Policía Nacional. Claro que, si aquél tipo era policía, yo era la princesa Leia Organa.

Me encogí de hombros y le dije que no tenía ni la más remota idea de quién era Paola, pero era más inteligente de lo que aparentaba.

—Si no sabes quién es —me dijo—, ¿qué haces entonces en su apartamento?

Calculé las posibilidades que tenía de desarmarlo en un solo movimiento, pero debió olerse algo, porque un segundo antes de ejecutar mi plan me ordenó que no hiciera ninguna tontería y mantuviera las manos a la vista.

—Se lo explicaría gustosamente —contesté—, pero no tengo tiempo que perder.

Atravesé el salón en dirección a la puerta.

—Un paso más y te ahueco —me amenazó.

Me quedé a menos de dos metros de él, refrenado por la amenaza de la pistola. Estaba visto que no iba a librarme de él por las buenas, y hacerlo por las malas se antojaba imposible mientras continuara empuñando un arma y decidido a utilizarla contra mí a la mínima oportunidad.

—De acuerdo —suspiré—, le contaré todo a condición de que no se lo cuente a nadie.

—¡Empiece a hablar!

—Vale, me llamo Andreas Vesalio, soy médico y trabajo en el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades Peligrosas. Un virus mortal está a punto de propagarse por toda la ciudad. Aún no se ha hecho público, pero es peor que el ébola y en un par de días empezará a diezmar toda la población. Creemos que Paola podría ser la única persona inmune al virus y necesitamos encontrarla urgentemente para desarrollar una vacuna.

Me miró como si le acabase de arrojar a la cara un cubo de agua helada.

—Por cierto —continué—, ¿es usted un cliente de Paola? ¿Su novio? ¿Un amigo?

—¿Qué? No, ella trabajó para mí en el pasado...

—¿Y por qué la busca?

—Ella me robó...

Así que Paola también le había chupado la pasta y ahora la buscaba para recuperarla. No cabe duda de que la colombiana sabía qué utilidad dar a los hombres.

Avancé un poco más. Estaba tan cerca del hombre que casi podía olerlo.

—Espere un momento, ¿qué es todo eso del virus?

—Ya se lo he dicho —señalé tranquilamente—. Le aconsejo que se aprovisione bien de agua y alimentos, se encierre en su casa durante la próxima semana y pico y permanezca atento a la televisión. En breve emitiremos un comunicado con más instrucciones.

La pistola continuaba orientada en mi dirección, pero el asunto del virus

ocupaba ahora toda su atención. ¿Verdad que soy ingenioso? Aunque si he llegado a ser el mejor detective de la ciudad no es por mi ingenio y capacidad deductiva, sino porque siempre he aguantado todos los golpes que me han caído encima y aplastado con los puños cualquier obstáculo que se ha cruzado en mi camino.

No aguardé más: rápido como un rayo le arreé un golpe en la muñeca con el canto de la mano y la pistola hizo un ruido metálico al caer al suelo. A renglón seguido le agarré la mano con mi izquierda y le estrujé los dedos como si fueran ramitas secas. El tipo empezó a cantar una ópera, pero desafinaba bastante, así que le pegué tres puñetazos seguidos en el pico y observé cómo caía al suelo, lívido como un cadáver.

Rápidamente recogí la pistola y me la guardé en la cinturilla del pantalón. Después revisé minuciosamente todos los bolsillos. En el derecho encontré monedas sueltas, un juego de llaves y un fajito de billetes. Le quité la goma y los conté. Había casi trescientos napos en billetes de cinco, diez y veinte que me guardé a modo de plus salarial por los riesgos que continuamente he de correr en mi profesión. En el bolsillo izquierdo llevaba la cartera. Así descubrí que se llamaba Sergio Villanueva y vivía en el 47 de la Calle de la Industria, Paterna. Tenía carnet de conducir y una agenda de chicas y negocios nocturnos.

Sin duda un proxeneta.

Me quedé reflexionando, y reflexionando prendí un Lucky. ¿Sería o habría sido Paola alguna vez una de sus fulanas? ¿Cuál debía de ser mi próximo paso en la investigación?

En eso estaba cuando el teléfono empezó a vibrar dentro del pantalón. Saqué el aparato y respondí la llamada. Era Milagros Brozas, mi clienta.

—Hola, muñeca. ¿Va todo bien?

—Gracias a Dios así es. Escuche, por favor, tengo que pedirle que se olvide del caso.

—¿Y eso?

—Fermín ha vuelto a casa. Puede quedarse con el dinero que le entregué esta mañana. Por las molestias y todo eso.

—Eh, espere. ¿Qué es eso de que Fermín ha vuelto a casa?

—Sí, una patrulla de la Policía lo encontró esta mañana caminando por la playa. Estaba bastante desorientado.

Aquello no tenía mucho sentido. Era como si la historia que me había inventado sobre el alzhéimer de Fermín se hubiera hecho realidad.

—¿Qué ocurrió?

—Alguien le atacó y terminó herido, pero no tiene nada grave, gracias a Dios.

—¿Quién le atacó?

—Unos chicos que querían robarle. La Policía está buscándolos en estos momentos.

Me puse en guardia. Aquello apestaba a mentira podrida.

—Señora, su marido le ha mentado —afirmé—. Se ha inventado lo del robo para justificar la pérdida del dinero, que sin duda debe de estar en los bolsillos de su amante. Es de cajón.

—Pues se equivoca, señor Folgado. Fermín ha traído de vuelta el dinero.

Me rasqué la cabeza. Que me aspen si entendía algo.

—¿Le ha dicho Fermín donde pasó la noche?

—En el Miramar. Fermín alquiló una habitación en la playa para reflexionar con tranquilidad. Necesitaba relajarse y pensar, y al final tomó la cristiana



decisión de continuar al lado de su mujer.

—Así que le ha perdonado, ¿eh?

—Desde luego. Hay que saber poner la otra mejilla y amar a quienes nos ofenden. Es lo que dice siempre Nuestro Señor.

—Yo soy más del ojo por ojo, diente por diente. ¿Está su marido ahí con usted?

—Sí, está en la ducha.

Cerré los ojos e intenté pensar. Para ser sincero aquel asunto me tenía muy confundido. Primero Fermín abandona a su mujer chiflada religiosa por una colombiana de escándalo, y a la mañana siguiente aparece magullado en la playa, con el dinero en los bolsillos después de un intento de robo y ni rastro de la chica.

—Señora Brozas, ¿quiere que investigue la agresión a su marido? Esos delincuentes no deben de salirse con la suya, ¿no cree? Además podría hacerle un descuento especial en mi tarifa.

—Ni lo sueñe, señor Folgado. Este caso está acabado, Fermín ha vuelto a casa y el dinero ha sido recuperado. Gracias por los servicios prestados, aunque al final su contribución al regreso de Fermín ha sido nula. De todas maneras, que Dios le bendiga.

Dicho esto cortó la comunicación, pero yo seguí reflexionando mientras caminaba hacia la mesa, agarraba del cuello la botella de Gold Riband y me dirigía a la puerta de salida. Cuando pasé al lado del chulo, este se movió levemente y profirió un suspiro.

Rápidamente le arreé un puntapié detrás de la oreja y lo mandé a soñar con bacterias, virófagos y arqueas.

Cuando llegué al Porsche arrojé la botella sobre el asiento del acompañante y

arranqué el motor. Luego conduje hasta la playa de la Malvarrosa arrastrado por el instinto. Allí visité el Miramar, donde descubrí que si Fermín se había registrado, tenía que haberlo hecho con un nombre falso, lo cual era imposible porque eso solo pasa en las películas. En la vida real hay que presentar el DNI antes de alquilar una habitación, como sabemos todos los adúlteros que alguna vez hemos acudido a hoteles acompañados de nuestras amantes.

También probé en el resto de hoteles del paseo, en El Coso, en Las Arenas y en el Sol Playa, en los cuales mostré la fotografía de Fermín en recepción. Pero nadie le había visto por allí. Sin embargo tuve suerte en El Chicote, donde el recepcionista reconoció a Fermín cuando le mostré la fotografía.

—No se hospedó aquí —dijo—, pero entró esta mañana buscando un teléfono. Lo recuerdo bien porque iba bastante magullado.

Señaló un teléfono que funcionaba con monedas a escasos dos metros de la recepción.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las once.

—¿Pudo oír la conversación? ¿Mencionó algún nombre?

Entornó los ojos, cauteloso de repente.

—Pues no sé... ¿Quién es usted?

Sonreí, y a continuación saqué la licencia y la deslicé sobre el mostrador.

—Disculpe, debí haber empezado por ahí. Mi nombre es Vicente Folgado y soy detective privado. El hombre al que busco es un enfermo que ha huido del hospital en el que se encontraba ingresado. Se llama Fermín, está en paro, tiene cuatro hijos y su mujer quiere el divorcio y exige una pensión compensatoria que no puede asumir. Sus padres y hermanas quieren que lo encuentre y lo devuelva al hospital para seguir con el tratamiento. Creen que

pretende suicidarse.

Al decir aquello percibí como me estudiaba, tratando de leer mis intenciones dentro de mis ojos.

—¿En serio?

—Completamente.

—¿Qué enfermedad padece?

—Cáncer de pene. Lo más seguro es que tengan que amputárselo, y por eso su mujer quiere el divorcio.

—Entiendo —asintió, mucho más receptivo—, pero la verdad es que no escuché nada, salvo un nombre que mencionó varias veces.

—¿Qué nombre?

—Santa Claus. ¿Le suena de algo?

Asentí con la cabeza. Santa Claus era una pieza de mucho cuidado. Propietario de un par de puticlubs, su verdadero negocio eran las apuestas ilegales y la usura. Le llamaban Santa Claus porque siempre estaba repartiendo regalos a quiénes no podían asumir la devolución de los pagos en el tiempo convenido.

—¿Qué hizo después de llamar por teléfono?

—Entró en la cafetería y se sentó. Es todo lo que sé.

Pensé en darle diez pavos de propina por la información, pero luego se me ocurrió que no había mejor gratificación que hacerle creer que estaba ayudando a encontrar a un enfermo canceroso y depresivo con tendencias suicidas.

Pasé a la cafetería del hotel y me dirigí a la barra, donde me encontré con el barman, un chico delgado con gafas de pasta negra, único indicio intelectual

en una cara que parecía recién salida de una granja de cerdos.

Le mostré la licencia y le conté la historia del cáncer de polla. Sí, recordaba a Fermín. Había tomado asiento en una mesa sobre las once y pedido un café con leche y un cruasán. Sobre las once y media llegaron dos tipos y tomaron asiento a su lado. Hablaron poco, menos de diez minutos. Fermín les entregó un sobre y ellos se marcharon, no sin antes arrearle un par de collejas amistosas. Según el barman, parecían gente peligrosa.

—¿Qué aspecto tenían?

—Eran grandotes. Uno creo que era del este, rumano quizá.

Sí, debían de ser Pacheco y Dimitri, dos de los elfos de Santa. Ellos eran los responsables de entregar a los morosos los regalos de su jefe. Solo que en lugar de trineos y renos se servían de otras herramientas, como bates de beisbol, cadenas de bicicleta y puños americanos.

—¿Qué hizo nuestro hombre después?

—Nada. Se levantó y se marchó.

—¿Nada más?

—Nada más —repuso—. Por cierto, ¿de verdad tiene cáncer?

—Hasta en las pelotas.

Abandoné El Chicote y caminé por el paseo, donde negros, moros y payoponis intentaron venderme cachimbas de cristal y acero inoxidable, bolsos de imitación, deuvedés piratas, mecheros electrónicos y camisetas de Bob Marley. En un puesto de kebabs papeé de urgencia y cuando llegué al Porsche agarré la botella de Gold Riband y la chupé mientras contemplaba el horizonte mediterráneo. Había un velero no demasiado lejos y el agua chapoteaba suavemente contra el casco. En la cubierta, los tripulantes reían y bebían bajo un cielo azul que empezaba a ser desplazado por la naciente

oscuridad.

Intenté concentrarme en el caso, pero fue imposible hacerlo con todas esas preciosidades corriendo por la arena fina y dorada de la Malvarrosa con sus iPhone 8 de última generación. En ese momento una de ellas, desafiando el frío con un pantaloncito rosa y una camisa de tirantes, pasó corriendo a buen ritmo. Con cada zancada sus pechos bailaban gloriosos arriba y abajo. Estaba tan buena que sentí deseos de saltar a la arena y perseguirla, pero descarté la idea cuando el pit bull terrier sin bozal y mandíbula babeante que la acompañaba me tiró una mirada asesina.

¿Cuál era el papel de Santa Claus en el caso? ¿Quién era el responsable de la paliza a Fermín? ¿Santa? ¿Sus hombres? ¿El chulo de Paola?

Mientras me rebanaba los sesos en busca de respuestas distinguí otra preciosidad que se aproximaba, y esta no tenía perro. Llevaba unas Nike de color negro, pantalón de chándal gris y una camiseta del equipo de la ciudad que le quedaba bastante grande y que probablemente sería de su novio, si es que había sido tan estúpida como para enamorarse de un tipo que no fuera yo.

De repente cambió de dirección y corrió hacia donde me encontraba, agitando los brazos energicamente y tratando de llamar mi atención.

Sin pensármelo dos veces arrojé la botella al suelo, salté a la arena y corrí precipitadamente en su dirección. A medida que nos acercábamos pude ver que estaba más buena de lo que había creído en un primer momento. Examiné la raja que se adivinaba debajo del bañador y me puse muy cachondo pensando en lo mucho que me gustaría emprender con la lengua tareas de espeleología por allí dentro.

Suspiré henchido de felicidad. Durante todos los años que llevaba de detective privado muchas mujeres atractivas se habían enamorado de mí, pero nunca de manera tan súbita y manifiesta.

Cuando nos encontramos me abalancé sobre ella y la abracé con devoción, deslizando mi lengua por su cuello y oreja.

—¡Apártese de mí! —gruñó empujándome con fuerza—. ¿Es que está loco?

—¿Qué pasa, palomita? ¿Hace unos segundos me llamaba desesperadamente y ahora me rechaza?

Apoyó las manos sobre las caderas y se inclinó hacia delante tratando de recuperar el aliento.

—¡No era por usted, imbécil! Ha ocurrido algo horrible y no sabía qué hacer porque no llevo el teléfono encima. Entonces le vi y pensé que podría ayudarme.

—¿Qué ha pasado?

—Hay alguien en el agua —dijo, y señaló con el índice hacia algún lugar a su espalda—. Pasé corriendo por allí y vi algo que flotaba. Creo que es una mujer.

Echamos a correr. Cuando llegamos al lugar señalado pude distinguir un cuerpo enfundado en un traje rojo, meciéndose con las olas boca abajo, a solo cuatro o cinco metros de la orilla. Arrojé la chupa a la arena y me precipité en el agua, que estaba tan helada que mis testículos se convirtieron de repente en dos bolitas de hielo sólido. Cuando alcancé el cuerpo lo estreché contra mi pecho y le aparté el pelo negro que le cubría la cara. Tenía golpes importantes en cabeza, frente y ojo derecho, pero aun así pude reconocerla.

Paola.

Rápidamente la arrastré hasta la orilla y le tomé el pulso. No lo tenía. Para que no me acusaran después de no intentarlo todo comencé a practicarle la respiración boca a boca.

—¿Qué hace? —preguntó la rubia.

—Trato de suministrar oxígeno a los pulmones.

—¿Y es necesario que le meta la lengua?

Suspiré con disgusto. A nuestra espalda, el sol estaba a punto de desaparecer detrás de la muralla de edificios.

—Si sabe hacerlo usted mejor inténtelo —respondí de mala gana, poniéndome en pie.

Agarré la chupa y saqué el paquete de Lucky mientras observaba el cuerpo de la colombiana. Tenía la piel lisa y tostada de la mujer latina, aunque con la palidez exclusiva que otorga la muerte.

—Está muerta, ¿verdad?

—Como el atún en lata.

Tomé un cigarrillo y, pensativo, me lo llevé a la boca. Se me empezaban a ocurrir muchas cosas sobre lo ocurrido con la colombiana, pero carecía de pruebas suficientes. Lo malo de haberla encontrado en el agua es que ahora iba a ser imposible encontrar huellas dactilares o restos de ADN del asesino.

Es lo que le dije al subinspector Olivares cuando solo quince minutos después se personó en la playa, acompañado de la policía científica, el secretario judicial y el forense.

—Eso ya la sé, Folgado —me dijo—. Lo que no sé es tu implicación en la muerte de esta chica.

Conocía muy bien a Olivares y sabía de sobra que si no le ofrecía una explicación inmediata me insultaría, me amenazaría y saltaría sobre mi barriga, todo al mismo tiempo. Así que le largué toda la historia con pelos y señales, desde la desaparición de Fermín y el incidente con el chulo de Paola, hasta la reunión en El Chicote con los hombres de Santa y su regreso al hogar con su mujer Testigo de Jehová. En alguna ocasión hizo amago de

interrumpirme ante algo que decía, pero no me detuve. Así fue asimilando todo cuanto le contaba, y cuando terminé quedó pensativo durante unos minutos.

—Entonces ese Fermín ha vuelto a casa, ¿eh?

—Es lo que dijo mi clienta cuando me telefoneó hará cosa de dos horas. ¿Por qué no pescamos a Fermín y lo interrogamos a fondo? Si alguien puede arrojar luz sobre este caso es él.

Puede que Olivares no fuera el policía más inteligente de la literatura criminal, pero sabía reconocer las buenas ideas cuando se las servían en bandeja.

Encontramos la puerta del edificio abierta, y también la del apartamento, lo que nos obligó a ponernos en guardia. Nuestras sospechas se concretaron al escuchar voces en el salón, pero no intervenimos inmediatamente.

—Escuche —decía mi clienta—, no sé quién es usted, pero le sugiero que abandone inmediatamente nuestra casa o aviso a la Policía.

Rápidamente reconocí la voz de Villanueva.

—Señora... —decía—, usted no me conoce, pero su marido sí. Y le digo a usted y a él que no me voy de aquí sin mis siete mil pavos.

—¿Pero de qué dinero habla? ¡Ese dinero es nuestro!

—¡Y una mierda! —exclamó el chulo—. Esa zorra me birló los siete mil. ¡Solo ella sabía adónde los guardaba!

Pensé que eso confirmaba la estrecha relación entre Villanueva y Paola.

—¿Pero de quién está hablando? —protestó la jehovita—. ¡Nosotros somos



un matrimonio cristiano! ¡No nos mezclamos con gente de esa calaña!

El chulo soltó una carcajada.

—¿Eso es lo que le ha dicho su marido? ¡Pero si estaba liado con esa puta! —  
Se dirigió a Fermín—. Escuche, bastardo hijo de perra, ¿no le ha hablado a su  
mujer de Paola?

—No es necesario que siga por ahí —señaló una tercera voz—. Mi esposa lo  
sabe todo, yo mismo se lo confesé hace un rato. Paola y yo tuvimos un lío, es  
cierto, ella sabía cómo engatusar a los hombres para chuparles su dinero, y  
aunque admito que estuve a punto de caer en sus redes, al final hice lo que mi  
corazón me dictó: regresar a casa con mi esposa. De su dinero o de lo que  
Paola le robara a usted, si es que lo hizo, yo no sé nada.

—¡Una mierda! Usted la manipuló para que me robara los siete mil...

—¡Mentira! —exclamó la mujer—. ¡Mi esposo nunca haría una cosa así!  
¿Acaso cree que voy a tragarme esa ridícula historia? ¡No tiene ninguna  
prueba!

—Puede que no tenga ninguna prueba. ¡Pero tengo esto!

Sacó una pistola. La jehovita olió el peligro y se agarró a su cruz. Es posible  
que los cristianos ansíen firmemente el momento de reunirse con Dios en el  
Paraíso, pero cuando ven la muerte frente a sí, indefectiblemente todos  
suspiran por retrasar ese momento.

—Suelte eso —exigió el marido.

—Lo siento, pero voy a recuperar mi dinero, por las buenas o por las malas.

No esperamos más. Irrumpimos en el salón como una tromba, empuñando  
nuestras pistolas.

—Supongo que con Paola tocó por las malas —solté.

Villanueva se volvió, pero antes de que pudiera orientar su arma contra nosotros recibió dos balazos simultáneos en la barriga.

¡PLAKA! ¡PLAKA!

Soltó la pistola, se llevó las manos a las tripas y, muy despacio, fue cayendo contra la pared, como un muñeco de trapo, hasta quedar sentado.

—La han cagado —balbuceó entre gestos de dolor—, yo no he tocado a Paola. Ella me robó ese dinero, ya se lo dije.

Trató de decir algo más, pero su rostro se convirtió de pronto en una mueca punzante durante tres, cuatro, quizá cinco segundos, y luego sus ojos perdieron todo signo de humanidad antes de que su espalda abrazara el suelo.

—Gracias a Dios que han llegado a tiempo —suspiró Milagros, al borde de un ataque de nervios—. Ese hombre iba a matarnos.

—Es muy posible —señaló Olivares, devolviendo la reglamentaria a la funda de su sobaquera—. Consultamos la base de datos mientras veníamos y descubrimos que se chupó nueve meses en Picasent por quemarle las tetas con un cigarrillo a una de sus fulanas que pretendía dejar el negocio.

—Además era un criminal de recursos —añadí—. Le birlé su pistola hace solo un rato y fue capaz de agenciarse otra en muy poco tiempo.

Mi clienta seguía abrazada a su cruz.

—¿Qué ha querido decir con eso de que la colombiana acabó mal?

—Que se la han cargado —dije.

—Oh, Dios mío. ¿Pero quién...?

—Eso pregúnteselo a su marido —punteé.

Todos nos volvimos hacia Fermín, que había permanecido muy callado hasta el momento presente. Su nariz era el doble que en la foto que su mujer me

había entregado por la mañana, y su ojo derecho estaba cerrado. Sin duda alguien lo había estado utilizando como saco de boxeo.

—¿Qué insinúa con eso? —inquirió.

—Que acabas de enterarte de que la colombiana ha muerto y ni te has inmutado. —Me encogí de hombros—. ¿Cómo es posible? Creí que estabas muy unido a ella.

—Yo siempre quise a mi esposa —protestó—. Nunca llegué a sentir nada por esa mujer.

—Desde luego —continué—. Supongo que por eso la utilizaste, ¿verdad?

En su rostro se dibujaron profundas líneas de hondo desconcierto.

—¿De qué habla?

—De los siete mil que necesitabas para saldar tu deuda con Santa Claus. Él te prestó el dinero que habías perdido en el parchís, pero te retrasaste en el pago, Santa Claus te agarró por banda anoche y te colmó de regalos, de ahí tu cara de boxeador apaleado.

—Le dije a la Policía que unos ladrones me agredieron para robarme. Además, no sé quién es ese tal Santa Claus.

—Seguro que sí lo sabes. También sabes que es gente peligrosa, así que esta mañana, cuando quedaste libre, fuiste al banco y retiraste los siete mil para saldar tu deuda. El problema es que te iba a ser muy difícil después explicar a tu mujer qué se había hecho con ese dinero, así que acudiste a Paola y le pediste los siete mil.

Percibí como el sudor empezaba a fluir por sus poros. Mientras, su esposa escuchaba sin perder detalle.

—Está divagando... —dijo Fermín.

—Es verdad, no sé cómo la convenciste, supongo que ella estaba enamorada de ti, así que le contaste una mentira, como por ejemplo la promesa de divorciarte de tu mujer para empezar con ella en otro sitio. De cualquier forma Paola picó, le sisó el dinero a su chulo y acudió a la playa para entregártelo. Tú acababas de reunirte con los elfos de Santa, a los que les habías entregado los siete mil de la cuenta familiar, y necesitabas recuperar el importe...

—Tampoco puede probar eso.

—Claro que puedo, hay testigos. En cualquier caso la colombiana debió de olerse la jugada, conocía tus problemas con el juego, vio tu cara retocada por Santa y te amenazó con ir a la Policía, entregarte a su chulo o, peor aún, revelar a tu esposa la relación que mantenías con ella, así como el asunto del dinero. Por eso la mataste. Lograste que te siguiera hasta las rocas, no había moros en la costa, supongo que fue demasiado tentador para ti. ¿Me equivoco?

Al decir eso Milagros perdió visiblemente la compostura.

—¿Qué está insinuando? —murmuró boquiabierta. Ahora agarraba más fuertemente su cruz como un náufrago a la deriva agarraría su flotador salvavidas.

—Que su marido es un embustero y un asesino. Le espera una buena temporada en la cárcel...

La pistola de Villanueva había caído a los pies de Fermín, pero nadie parecía haberse percatado de eso. Se agachó rápidamente, la empuñó y nos apuntó.

—Las pistolas al suelo, idiotas —nos ordenó.

Soltamos las pistolas, pero no me importó lo más mínimo, principalmente porque portaba en la cinturilla del pantalón la USP Compact de 9mm que le había sisado a Villanueva en el apartamento de Paola.

—¿Qué haces, Fermín? —preguntó colérica su mujer.

—Cállate, zorra, o te liquido a ti también.

—Así que es cierto que mataste a esa mujer...

Fermín sonrió, pero tras aquella sonrisa logré ver las huellas de la tensión acumulada.

—Lo hice por ti, puta chiflada. Paola era una mujer muy temperamental, se puso furiosa cuando descubrió que la había utilizado para recuperar el dinero perdido al parchís. Dijo que iba a contarte nuestra aventura, que lo sabrías todo, que iba a arruinar nuestro matrimonio.

—Pues no cabe duda de que lo consiguió —afirmó Olivares—. Suelte la pistola y entréguese. Se ha derramado demasiada sangre ya.

Pero la jehovita no era de la misma opinión que el policía. La cruz que sujetaba llevaba un botón en la punta del mango, a la altura del pulgar. Lo accionó, se oyó un chasquido y una hoja de seis centímetros saltó del extremo como la lengua de una víbora, lanzando vagos destellos de luz por toda la habitación. Fermín adivinó lo que se le venía encima y trató de orientar el arma hacia su mujer, pero no fue lo suficientemente rápido. Milagros trazó un arco con la cruz y le cercenó los dedos suficientes para hacer caer la pistola. Herido y desarmado, Fermín vio horrorizado como su mujer, poseída por el furor de la locura religiosa, volvía a la carga y le hundía la hoja en el abdomen. Soltó un bramido de dolor indecible, al tiempo que Olivares saltaba sobre la mujer antes de que el ataque resultara mortal. Pero fue inútil, Milagros era Testigo de Jehová y estaba dotada de una terquedad que no conocía límites, así que de un codazo le saltó dos dientes y volvió a la carga contra Fermín, que se revolvía en el suelo sobre un reguero de su propia sangre.

Ese hubiera sido su fin, de no haber estado yo allí para evitarlo. Justo cuando

la hoja bajaba para rebanarle la yugular, descargué una patada sobre su mano y la cruz letal voló por los aires. Milagros levantó la cabeza como un resorte y clavó los ojos en el cañón de la 9mm perfectamente orientado a su cerebro... o lo que fuera que tuvieran los Testigos de Jehová en la cabeza.

—Señora Brozas —le dije seriamente—, contrólese o ni Dios podrá salvarla de una bala.

Sus labios estaban levemente separados y su respiración podía sentirse en toda la habitación. Por un momento pareció que iba a decir algo, pero luego cambió de opinión, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Me enderecé y guardé la pistola. Mientras, Fermín se retorció en el suelo de dolor. La sangre brotaba del abdomen y manaba como un caldo espeso, lentamente, con ruido húmedo.

—Por favor —lloriqueó—, llamen a un médico, me duele mucho.

Le dije que se riera, que reírse era la mejor medicina. Pero ni siquiera lo intentó.

Veinte minutos después dos enfermeros lo pusieron en una camilla, lo arrastraron hasta la ambulancia y se lo llevaron al hospital con las sirenas rugiendo como un animal herido. También con música de sirenas se marchó Milagros Brozas, solo que en su caso era la música de la Policía.

Olivares prendió un cigarrillo y me dio dos palmaditas en el hombro. Había perdido dos dientes, pero todavía podía hablar.

—Una bonita historia, Folgado —me dijo—. Una fulana muerta por robar a su chulo, el chulo también muerto y el amante y asesino de la fulana herido de gravedad a manos de su mujer fanática religiosa con tendencias asesinas. ¿En qué clase de mundo vivimos?

Pensé en sus palabras y sonreí interiormente. Por una vez en la vida no tenía

que lamentar contusiones ni heridas de gravedad, tenía dinero en la cartera, cigarrillos en el bolsillo y una botella de Gold Riband en el asiento lateral de mi Porsche 911 Turbo.

Saqué un Lucky y lo prendí con mi Flammarion de oro sólido.

—En un mundo de cojones —dije bufando una espléndida bocanada de humo gris—. Aquí un buen detective siempre puede salir adelante.

*Pablo Hernández Pérez (Valencia, 1978), cursó estudios en el Gremio Patronal de Joyeros de Valencia. Fue probablemente su relación con el mundo del oro y los diamantes lo que le llevó a fantasear primero y a escribir después sus primeros relatos de género negro. En 2012 su relato El hombre más fuerte del mundo resultó ganador en el II certamen de relatos brevísimos Mimosa: Homenaje a la Novela Negra. Desde entonces trabaja en una serie de relatos protagonizados por Vicente Folgado, un detective privado que haría sonrojar de vergüenza a sus compañeros de profesión por tener que admitir que se dedican al mismo oficio.*